

cuidado de sus hijas; y aun, por eso, vemos cuán acordes están nuestros escritores en tratarlas de *terceras*. De aquí resultaba muchas veces que los padres, llegando á conocer, aunque tarde, estos desórdenes, convenian tal vez, por no exponerse á otros inconvenientes, en matrimonios que jamás hubieran aprobado en otras circunstancias. Otros, tratándolas con mas dureza, las obligaban á dar la mano de esposas á personas que ellas miraban con aversion, ó las hacian por fuerza que entrasen religiosas, á trueque de no tener un continuo sobresalto en su casa: y aunque estos males eran gravísimos, con todo solian producir otros de peor especie los amores clandestinos, protegidos y disimulados por las dueñas y por los escuderos de las casas.

Para conceder, pues, que los libros de caballerías inspirasen máximas de recato y honradez á las doncellas, era menester cerrar los ojos y no ver estas funestas consecuencias de sus principios y máximas: consecuencias que no se siguieron por pura casualidad, sino por una precisa conexión, atendido el carácter de los dos sexos y la humana flaqueza.

Pero no decimos por esto que sea útil á las buenas costumbres criar á las doncellas principales con toda libertad, permitirles sin distincion todo trato, y fiar de la prudencia de una niña de poca edad el evitar por sí misma los peligros que se encuentran con frecuencia aun en la sociedad y trato que parece mas inocente; pues, para imaginarlo, seria menester carecer de razon: y, aun cuando la razon no probara lo contrario, lo probarian tristemente mil experiencias de nuestros dias. Lo que decimos es, que las máximas de los libros de caballerías eran muy contrarias al recato y á la honestidad; que en ellos se aprendia leyendo la disolucion que hoy se aprende tratando; y finalmente, que la sátira de CERVANTES contra los excesos de aquellos tiempos no pudo ser de ningun modo causa de los que, por camino contrario, experimentamos en los nuestros.

Para evidenciar esta verdad será menester que recorramos brevemente todos los principales amores de que se habla en el QUIJOTE. Y, empezando por los de este con su señora Dulcinea, veremos luego que en ellos se ridiculiza aquella famosa preocupacion de que todo caballero debia ser enamorado, pues ninguna otra razon tuvo Don Quijote, para decir que lo estaba, sino seguir esta costumbre que juzgaba tan precisa. Esto se conoce claramente en su conversacion con Vivaldo, así como, en las juiciosas reconvenciones de este, se vé cuán sin fundamento y cuán contra la religion era esta preocupacion caballeresca. Alguno podrá decir que, unos amores tan castos y platónicos como los de Don Quijote, nada tenian de malo; pero nadie puede tener por bueno el creer que todo caballero debe ser enamorado: y la experiencia nos enseña que muchos galanteos, que se empiezan solo por vanidad, ó por hacer lo que otros hacen, suelen traer tan funestas consecuencias como los que son hijos de una pasion vehemente.

Al mismo tiempo que los caballeros miraban á todas las damas como unas

Porcias en la fidelidad y en el recato, á ese mismo creian cosa muy natural que, enamoradas de un caballero, le buscasen y se entregasen á él: de modo que parece que la facilidad mas detestable no era liviandad siempre que fuera un caballero el objeto á que se dirigiese. Á tanto llegaban los privilegios de la caballería. Este extravagante modo de pensar descubre CERVANTES cuando el mismo Don Quijote, que con tanta acrimonia reprende á Sancho porque creia haber notado alguna familiaridad entre Dorotea y su esposo Don Fernando, ese mismo cree que la hija del castellano le viene á solicitar de noche, y que la hija de un rey, á cuya corte llega un caballero andante, es preciso que se enamore y entregue al tal caballero. Esta persuasion del mérito intrínseco de los caballeros se extendió á creer que un amante, por solo estar enamorado, era acreedor de justicia á ser correspondido: error que apoyaron y difundieron los poetas. El amor que tenia Grisóstomo á Marcela es un retrato de las funestas consecuencias de tan necio principio; pero el razonamiento de Marcela es la mas juiciosa impugnacion de esta locura.

No eran menores los daños que producía en las doncellas la lectura de los libros de caballería. Los padres, temerosos de los perjuicios que podian seguirse á sus hijas con el trato de aquellos jóvenes, que no solo creian inocente la paga de sus amores, sino que se miraban como con un derecho para exigirla, se persuadieron á que, para defenderlas de este daño, era suficiente remedio el encerrarlas. Muchos han creído que CERVANTES pretendió reprender este retiro, y por eso le miran como autor de la desenvoltura y libertad de nuestros dias; pero los que así piensan, ó no han leído el QUIJOTE, ó no le han entendido. Don Quijote, respondiendo á Altisidora en un romance, le dijo estas cuatro coplas, dignas de que las tengan presentes todas las madres:

“Suelen las fuerzas de amor
sacar de quicio las almas,
tomando por instrumento
la ociosidad descuidada.

Suele el coser y el labrar,
y el estar siempre ocupadas,
ser antidoto al veneno
de las amorosas ansias.

Las doncellas recogidas,
que aspiran á ser casadas,
la honestidad es la dote
y voz de sus alabanzas.

Los andantes caballeros,
y los que en la corte andan,
requiébranse con las libres,
con las honestas se casan.”

Esto mismo confirmó cuando dijo á los duques, la segunda vez que estuvo en su palacio, que el mal de Altisidora nacia de ociosidad; que la tuviesen ocupada, y se dejaria de amores. Lo cierto es que, los inconvenientes que se seguian de aquel encierro, no consistian tanto en el mismo encierro como en que en él, en vez de estar empleadas en ocupaciones honestas é inocentes, se divertian en leer historias caballerescas, comedias y poesias amorosas, y con esta lectura se despertaban las pasiones que no podia por sí solo extinguir el retiro. Este abuso da á entender CERVANTES cuando Cardenio refiere que Luscinda le pidió el *Amadis*, y cuando Dorotea dijo al cura que habia leído muchos libros de caballerias.

Llenas pues de ideas caballerescas, no se detenian las doncellas mas recatadas en tomar las mas arrojadas resoluciones. Véase esto retratado al vivo en la de Luscinda, que tuvo escondida una daga para matarse la noche de sus bodas con Don Fernando; en la de Dorotea, de ir á buscar al mismo Don Fernando para vengar en él su deshonra; pero mas trágicamente en el arrojamiento de Claudia Jerónima, que, por unos zelos mal fundados, dió muerte por su propia mano á su amante Don Vicente Torrellas.

Todos estos excesos provenian de que las doncellas, deslumbradas con las agradables pinturas del amor que leian, se arriesgaban con facilidad al clandestino trato de las rejas y terreros, como lo muestran los amores de Doña Clara y Don Luis, siendo ellos, por otra parte, dos criaturas inocentes.

Seguíanse despues las solicitudes de los amantes, y las tercerías de las dueñas ó criadas, como se vé en los amores de Don Fernando y la historia de la Trifaldi; y de este modo se venian á encontrar las inconsideradas doncellas en los lances que no supieron precaver, de lo cual se arrepentian las mas veces, aunque tarde, pues su poca honestidad las obligaba despues á quedar deshonradas, ó contentarse con bodas desiguales y poco ventajosas. Así sucedió á la burlada hija de Doña Rodriguez, que se contentaba con casarse con el lacayo Tosilos, y así tambien á Leandra, que, despues de haber sido pretendida por los principales de su pueblo, se vió sola, abandonada y desnuda en una cueva, por haberse salido de casa de sus padres con Vicente de la Roca, de quien se enamoró solo por ver su gallardía y oír las mentidas proezas que contaba. En esto tambien se nota otro riesgo de la lectura de los libros de caballería; pues, como en ellos se pintan la verdad y la constancia como prendas propias de los enamorados, las doncellas ignorantes creian verdaderas las protestas de los hombres, y estos, consultando sus livianos deseos y no las verdaderas reglas del honor, las abandonaban, como Don Fernando á Dorotea. Por eso, cuando Sancho encontró á la hija de Diego de la Llana fuera de su casa, en traje de hombre, aunque conoció que todo aquello era una niñada, la reprendió y amonestó que no volviese á hacerlo, dando á entender las funestas consecuencias que suelen acarrear las libertades que parecen inocentes.

Tambien solia ser á veces inútil el recurso de la custodia y encierro para la

guarda de las doncellas, porque llegaba tarde. Bien lo prueba la historia de los amores de Cardenio y Luscinda, á la cual guardaron sus padres despues que el trato de la niñez habia sembrado en su tierno corazon las amorosas ansias: lo mismo sucedió tambien con Quiteria, que ya estaba enamorada de Basilio cuando sus padres impidieron que le tratase.

Solos estos pasajes bastan para conocer que las máximas del QUIJOTE, lejos de abrir la puerta á la desenvoltura y libertad de las doncellas, están continuamente reprendiendo este abuso; y á esto mismo conspiran varias reflexiones que se encuentran esparcidas por toda la obra.

Tal es la que Don Quijote hizo hablando con Sancho, que extrañaba que Altisidora se hubiese enamorado de su amo siendo tan feo: á lo que replicó Don Quijote haciéndole ver, que el amor que se funda en la estimacion de las prendas del alma es firme y verdadero, y, el que solo tiene por objeto la hermosura exterior, ligero é inconstante.

Tambien es oportunísima la reflexion del cabrero amante de Leandra, sobre que los padres dejen á sus hijas que escojan á su gusto el que ha de ser su esposo, pero que no les pongan sino partidos buenos, para que no sea el antojo, sino la razon, quien mueva su ánimo. Esto mismo apoya Don Quijote, yendo á ver las bodas de Camacho, con razones evidentes, haciendo ver que, el capricho de unas muchachas, de ordinario se inclina á lo peor; y como la compañía de los esposos dura toda la vida, ellas mismas se arrepienten, aunque tarde, de sus malas elecciones.

Quizá nos hemos detenido demasiado en referir los perjuicios que los libros de caballería causaban en las costumbres, y con cuánta razon y prudencia los combatió CERVANTES en su QUIJOTE; pero todo era necesario para vindicarle del injusto cargo que han querido hacerle algunos criticos, mas severos que justos. CERVANTES tuvo gran juicio y gran conocimiento del corazon humano, y así procuró, desterrando los libros de caballería, arrancar la raiz de innumerables vicios, que no eran, hablando con propiedad, un abuso que la malicia humana hacia de unas obras en sí buenas, como han pretendido algunos, sino una consecuencia precisa de los principios fundamentales de los referidos libros.

Mas como nuestro autor se proponia el verdadero objeto de la sátira justa, que es mejorar á los hombres, no se contentó con impugnar los vicios caballerescos, sino que de paso, y segun le venia la ocasion, reprendió casi todos los defectos de las demás profesiones y estados, ó ya proponiendo y alabando á los que estaban libres de ellos, ó ya ridiculizando á los que en ellos incurrian. Con esta mira puso varios ejemplos de la hospitalidad, que es la que mantiene el trato y comercio de los hombres unos con otros, ya en el buen acogimiento que hicieron á Don Quijote los cabreros con quienes cenó y pasó la noche que precedió al entierro de Grisóstomo, ya en la afabilidad y cortés trato de Don Diego de Miranda y su familia, ya en la